



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11268

AÑO XXXIX

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 27 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CASTELAR Y LA PRENSA

La prensa de Madrid, hoy recibida, se ocupa casi exclusivamente de la muerte del Sr. Castelar. Todos los periódicos, sin distinción de matices políticos, se ocupan de tan triste suceso, y aun los que representan ideas antitéticas á las por aquél defendidas, hacen honor á su mérito y á sus virtudes cívicas.

Hé aquí los términos en que se ocupan los periódicos del insigne orador cuya muerte ha conmovido al mundo.

«El Imparcial.»

«En el triste período que el último lustro del presente siglo encierra, para nuestra nación no hay acontecimiento grande que no sea una gran desgracia. Ese período, que se abre con la tremenda voladura del «Machicaco» y el misterioso naufragio del «Reina Regentes», sigue por las insurrecciones de Cuba y Filipinas, continúa por los enormes y estériles sacrificios de nuestro pueblo y alcanza la vergonzosa guerra con los Estados Unidos y la pérdida casi completa de nuestro territorio ultramarino, sin descanso, sin tregua, sin día alguno de verdadera gloria ni de positiva esperanza, cuenta hoy con un término más de su angustiosa abrumadora serie: con la muerte de Castelar.

Era éste la única figura nacional que nos quedaba y la única también que levantaba la cabeza por encima de los Pirineos. Lo que nos resta pertenece á los partidos, á las sectas, á las clases; no pertenece á España entera. Con todas sus debilidades de los últimos tiempos, Castelar continuaba siendo un poderoso vínculo de la nacionalidad. España entera lo sabe, y por eso estos días son de duelo, como si llorar y llorar fuese ya nuestro único destino.

Ni la emoción producida por la muerte del grande hombre, ni el corto espacio que de su vida nos separa, ni las circunstancias por las cuales nuestro país atraviesa, dan la serenidad de espíritu bastante para pesar y medir lo que en nuestra nación era y representaba Castelar. El vacío que deja lo siente cada cual en su propio ánimo. Su obra ha de ser juzgada de lejos y con criterio al cual la tranquilidad haga seguro. Y esto solamente será dable al historiador.

¡Ni sensiblerías, ni retóricas, ni mucho menos la hinchazón de la hipérbole! Coronas de flores naturales son las que hemos de colocar sobre la tumba del insigne muerto.

Mas una personalidad como la de Castelar no se puede ver desde un lado solo, ni abarcar con una mirada, ni comprender en algunos párrafos, ni dibujar con algunas líneas. Orador ante todo y sobre todo, escritor abundantísimo, político patriota, hombre, en fin, Castelar presenta como los grandes monumentos varias fachadas, cada una de las cuales merece des-

cripción especial, si se ha de dar idea del conjunto.»

«El Liberal.»

«Es llegada la ocasión, única de estos tiempos, en la cual se puede exagerar el elogio sin tocar todavía los límites de la verdad. La hipérbole desaparece ante la magnitud del caso. Y nunca menos necesarias que ahora las hipérboles del dolor para expresar las crueldades ciegas de la muerte, ni menos precisas las exaltaciones de la alabanza para medir la grandeza del muerto.

Tal vez aquí, en el revolcadero inhumano de pasiones mezquinas de esta raza poltrona, habrá quien pida comentario para saber lo que hemos perdido. Pero asomáos á las fronteras del mundo culto, decid á media voz: «¡Ha acabado España! ¡Ha acabado el primer español!» y todos entenderán quién es, y todos, sin vacilación, y con sollozo quizá más hondo que el nuestro, contestarán:—«¡Castelar!»

La muerte se ha sentado como triunfadora en la tierra de España. Ayer se tragó nuestra historia y nuestro honor. Hoy se traga nuestra mayor gloria presente.

En ignorado rincón de las huertas murcianas, bajo el sol levantino que ha posado su último beso de amor sobre aquella frente hermana tan luminosa como él; rígidos aquellos brazos de ademán estuatorio que levantaron en peso toda una generación; víriosos aquellos ojos de águila que miraron de hito en hito los rayos de todas las tiranías; muda aquella lengua que promovió ó sosegó como vara mágica tantas tempestades políticas, yacé ahora el portento de la palabra humana, coronado ya de antemano y en vida con tres coronas soberanas: la de primer orador, la del último patriota y la de gran hombre de Estado.

¡Cuán superior á las vanidades de la frágil humanidad es la confesión de los propios errores, y cuán duro el sacrificio de las glorias alcanzadas en treinta años de titánica lucha!

Pues eso hizo él, cuando, convencido por espontáneos movimientos de su inteligencia y de su corazón, revocó su historia por el bien de su patria.

¡Cuán fácil ordenar un pueblo harto de aventuras y hambriento de reposo, como lo encontraron los hombres de la Restauración!

¡Cuán difícil refrenar á un pueblo harto de autoridad y hambriento de libertades, como lo encontró el presidente de la República de 1874!

Pues eso hizo él, enseñando á todos cómo en el entendimiento y la palabra de un artista, cabe la virilidad de un héroe.

El semidiós de la elocuencia y de la abnegación ha consagrado su espíritu entero y su existencia total al culto sagrado de su patria y de su nombre. Hacía bien en amarle. Era amor legítimo.

¿Por qué no había de enamorarse de lo que tenía enamorado al universo?

Y como un asrelo á Dios, él dedicó á la patria todos sus amores. Por eso no deja más que una hija que lleve su nombre glorioso, y una viuda que lleve su luto perpetuo. La hija es la democracia, la viuda es España.

¡Pobre España! Va enterrándose bajo tu suelo todo lo que estaba vivo.

Llora, llora y arrodíllate ante ese cadáver, que se parece á tu grandeza.

¡No ves pasar el entierro de un aristócrata, heredero de cien cuarteles heráldicos! ¿Qué te importaría? Eso estaba muerto.

¡No ves pasar un político, hacedor de cien personajes! ¿Qué te importaría? Eso estaba muerto.

¡No ves pasar un soldado de fortuna, cubierto de entorchados y cruces! Eso también estaba muerto.

Ves pasar lo único que nos comunicaba con Europa y sostenía los respetos internacionales.

Cuando estas pocas amarras del entendimiento y del arte que nos sujetan á la civilización acaban de caer en el fondo de las aguas turbias que nos rodean, ¡adiós, no ya á España, sino al nombre español!

«El Heraldo de Madrid.»

«En la plenitud de la vida, abierta su inteligencia soberana á todas las ideas de progreso y el corazón á todos los sentimientos generosos, es Castelar en las Constituyentes apóstol y verbo de la democracia, defensor de los derechos de los humildes, cantor inimitable de la patria, cuyas grandezas evoca aun en aquellas oraciones en que pone de manifiesto los vicios y los errores nacionales.

Sus grandes síntesis históricas admiran por la cultura que revelan; sus reelificaciones superan en elocuencia á los discursos mismos; su palabra es luz, color y armonía; ningún poeta ha sido tan pródigo de imágenes, ningún tribuno ha cincelado tan maravillosamente su pensamiento.

Castelar no desmaya en su obra ni se concede un solo instante de reposo. Durante el 69 dirige su palabra á la Asamblea casi á diario, aborda todos los temas, inicia todas las cuestiones, replica á todos los adversarios, discute con Cánovas, con Ríos Rosas, con Mantecón, con Sagasta, defiende los derechos individuales, pide la abolición de la esclavitud, solicita el sufragio: en un mismo mes, en Enero del 70, reclama la inhabilitación de los Borbones para ejercer la dignidad de jefe del Estado y combate el presupuesto eclesiástico; el 23 de Marzo pronuncia su célebre discurso contra las quintas y el 2 de Abril discute durante dos horas sobre la enseñanza laica; el 11 de Mayo pide las reformas de las leyes orgánicas municipal y

provincial, y el 24 diserta sobre la crisis portuguesa.

A los pocos días encadena á su palabra maravillosa la atención de España con su discurso sobre la abolición de la esclavitud, himno soberbio á la libertad humana y á los derechos de las razas oprimidas, y cuando aún no se ha extinguido el eco de los aplausos y las aclamaciones, presenta su voto de censura á la candidatura de don Amadeo de Saboya. Su lengua, como él mismo ha dicho recientemente, era ya entonces «badajo de campana que llamaba á somatén» á todos los hombres de buena voluntad para la reivindicación de todos los derechos y la conquista de todas las libertades.

Los problemas que hoy registramos como modernos, la igualdad en la contribución de sangre, las exigencias legítimas del proletariado, el injusto reparto de los tributos, la libertad de la enseñanza, el respeto á las conciencias, la pesadumbre económica de la paz armada, todos los ecos dolorosos que hacen estremecerse á la vieja Europa en las postrimerias del siglo llevando la alarma á las clases privilegiadas y la zozobra al ánimo de los gobernantes, encontraron en Castelar un observador; un intérprete, un político que se adelantaba á su tiempo.

Al repasar su obra parlamentaria, al leer de nuevo sus discursos, á la admiración se mezcla la tristeza.

Los problemas planteados en aquellas Cortes memorables, no se han resuelto; se han agravado. La patria sigue siendo una inmensa heredad del poderoso, donde se explota la miseria del proletario; las naciones apenas si resisten á la perturbación económica de los ejércitos preparados para la ofensiva ó para el desquite; luchas de conciencia que parecían terminadas para siempre, inquietan los espíritus; los más rezagados del socialismo saben ya de memoria el credo anarquista; y mientras las brisas del Mediterráneo, del mar Latino, tantas veces canta lo por Castelar, acaricia su frente helada en ese jardín del Mediodía español que sirve al gran tribuno de capilla ardiente, ráfagas de tempestad llegan hasta nosotros, amenazando destruir los cimientos de la obra social y política realizada por las Cortes del 69.

«El Mercantil Valenciano.»

La patria ha perdido un hombre de Estado y una esperanza de salvación. Castelar, por su temperamento artístico, encarnaba y reflejaba, como nadie, en medio de las tempestades sociales, el sentimiento dominante en la nación española. Esa cualidad extraordinaria, patrimonio de los grandes hombres de Estado, hacía de él un figura nacional que en ocasiones se confundía con la propia figura de España. Por eso, propios y extraños, al examinar las contin-

gencias oscuras de nuestro porvenir, y al pensar en la posibilidad de la extinción del régimen borbónico, volvían sus miradas hacia el viejo republicano, como una esperanza positiva de salvación para los intereses permanentes de la sociedad española, lo mismo que para las necesidades del progreso, de la libertad y del adelantamiento de nuestro país en todos los órdenes de la vida.

Camino de Madrid

A las dos de ayer tarde salió de San Pedro del Pinatar el cadáver del Sr. Castelar. Desde la capilla ardiente el carruaje que lo había de conducir á la estación de Balsicas, fué llevado en hombros de sus íntimos, poniéndose á poco en movimiento el carrofúnebre, seguido de numerosos carruajes y casi toda la población que acompañó buen trecho al cadáver por la carretera.

A las cuatro y media llegó á Balsicas el cortejo. Esperaba allí compacta multitud que á duras penas era contenida por la guardia civil. El cadáver del extinto orador fué instalado en el furgón que lo estaba destinado, el cual fué unido al tren. En este iban tantos viajeros que llevaba el máximo de coches.

En todas las estaciones del tránsito los andenes se encontraban literalmente llenos de gente que deseaba rendir al difunto tributo el último tributo de cariño y respeto.

La manifestación de duelo que se le hizo en Murcia excede á toda ponderación.

Desde las seis y media de la tarde estaban atestados los andenes. El Ayuntamiento en corporación precedido de los maceros y la guardia municipal, el Clero, comisiones del Casino, Instituto, Sociedad Económica, Gobierno civil, y muchas otras, sociedades republicanas en masa, muchas personas notables de la política, de la banca, de las artes, del comercio y de la industria y un gentío inmenso se apiñaba en la estación.

A las siete y cuarto llegó el tren, teniendo que acortar la velocidad para evitar desgracias, pues la muchedumbre se agrupaba á ambos lados de la vía.

Al llegar el féretro al andén cayó sobre él gran cantidad de flores; siendo depositadas varias coronas, entre ellas una del Ayuntamiento de Murcia. Una comisión de éste subió al tren para acompañar el cadáver á Madrid, instalándose en el furgón cuatro maceros de la citada corporación para dar guardia de honor al ilustre muerto.

El tren fue despedido con grandes muestras de respeto.

Las manifestaciones se han repetido en todas las estaciones del tránsito, hasta en aquéllas en las que el tren pasa por la noche.

Esta tarde á las cuatro habrá llegado el tren á Madrid.

CURIOSIDADES Y RECETAS UTILES

Uno de los hombres á quienes el arte de la fotografía tiene que agradecer más sin duda alguna, M. Abel Niepce de Saint-Victor, díjose á conocer como químico de una manera harto original.